

mundo recreado que, en su incambiable identidad mental, puede definirse eternamente: «Los chicos, las cosas, todo es lo mismo siempre y en todas partes» (pág. 220).

Su profesión de escepticismo es quien le lleva a negar cualquier creencia que no sea la del vacío de sus páginas. A lo cual se abraza arremetiendo, con un valor suicida, contra cualquier modelo de creyente: «Desde muchos años atrás yo había sabido que era necesario meter en la misma bolsa a los católicos, los freudianos, los marxistas y los patriotas. Quiero decir: a cualquiera que tuviese fe, no importa en qué cosa; a cualquiera que opine, sepa o actúe repitiendo pensamientos aprendidos o heredados» (pág. 18). Esta reserva ante el creyente, que expresa un afán de fraternidad en el agnosticismo y la descreencia más globales, se debe a que «Un hombre con fe es más peligroso que una bestia con hambre. La fe los obliga a la acción, a la injusticia, al mal; *es bueno escucharlos asintiendo, medir en silencio cauteloso y cortés la intensidad de sus lepras y darles siempre la razón*» (pág. 19). Para acabar el razonamiento de su inquina al creyente con el supuesto de que «Un hombre contaminado por cualquier clase de fe llega velozmente a confundirla consigo mismo; entonces es la vanidad la que ataca y se defiende. Con la ayuda de Dios, es mejor no encontrarlos en el camino; con la ayuda propia, es mejor cambiar de vereda» (pág. 19).

Cualquiera que sea nuestro criterio al respecto, no deja de asombrar su coherencia. Si se hace profesión de descreído ¿qué «verdad», qué «historia» o qué «moraleja» se nos va a pretender comunicar?

El señuelo de la negociación se ríe de la misma improcedencia de la temporalidad: «Nuestro pasado habría sido sucio, tal vez imprencindible. Pero el presente era peor, como es costumbre» (pág. 35). Desde esa renuncia a la historia puede permitirse negar, también, el texto con el texto, sabiendo que la obsesión por unas líneas que «cuenten» un relato no conducen a nada: «Pero ambos ignorábamos lo glorioso de luchar para un fracaso y persistíamos» (pág. 46). Vivir, y hasta escribir, se transforman bajo estas leyes exactas en una enfermedad dormida que ningún hombre logra evadir, de la que ningún escritor se llega nunca a despertar.

El costoso esfuerzo de escribir establece una quimera que no puede ni quiere concluir en ninguna razón, en ningún hecho, en ninguna prerrogativa. La escritura se entiende aquí como una simple solución contraofensiva —un matasueños—, que hace las veces de muralla; que se establece como degradación de la temporalidad y del lenguaje, pues ambos nos obligan a una defensa del sinsentido de existir, careciendo ambos —tiempo y palabra—, de significaciones valorables.

Por eso, esta novela que niega la novela es, en cambio, el relato por excelencia, puesto que todo ocurre *dentro de él*. Onetti está tan convencido de su restitución del mundo por sus propias invenciones que para nada se cura de establecer la «falsedad verosímil» de todo lo narrado. Como Josefina Ludmer advierte en su ya mencionado «Contar el Cuento»: «El texto no tiene un desenlace definitivo, no cierra los sentidos, no concluye; no establece ninguna “verdad” o “falsedad” de lo contado; “desecha” los hechos, lo que ocurrió «realmente»: se maneja sólo con la parte, el deseo, la reversión, la mentira». Acaso recurre a la autocita para marcar el ilimitado universo de su literatura, que prescinde de cualquier referencia al mundo de lo contingente. Así sucede que Grey, hablando con Medina, dice: «*Varios libros atrás* podría haberle dicho

cosas interesantes sobre los alcaloides. Ya no ahora» (pág. 200). De modo que para corroborar que sólo la literatura existe, añade luego: «Oh, historia vieja. Estuvimos un tiempo en una casa en la arena. Tipo raro. *Hace de esto muchas páginas. Cientos*» (pág. 200).

La historia no es creíble. Ni siquiera las historias creadas son creíbles. Y en esta negación universal Onetti parece estar esperando, con su literatura, el despertarse de la nada.

El lector, por ello mismo, independientemente de su goce con un verbo limpio y una manera de contar sagaz y ponderada, no logrará adentrarse en el universo de este narrador uruguayo sin un constante esfuerzo: el de evadir los vértigos habituales que conlleva el vacío. La prosa ensimismada, el hablar reptante, sarcástico y entrecortado, la sustitución de nuestra misma lectura que hace la *lectura inteligente* del narrador, nos colocan al margen, nos dejan, de múltiples maneras, fuera del texto, como unos observadores no apetecidos, casi intrusos, en el reborde de las páginas.

Y, al final, llega el viento que borra las palabras, que se lo lleva todo. «Dejemos Callar a Onetti», dejemos que hable ahora, únicamente, la realidad de su silencio. Eso es lo que su viento final nos comunica. Sólo en los trazos no escritos reside la más verdadera y consistente de todas sus pasiones: la de la Nada Total.

PEDRO J. DE LA PEÑA  
*Jorge Juan, 9*  
VALENCIA-4

## Un exilio político en el siglo XV

### El caso del poeta Juan de Dueñas

Bien conocida es la historia turbulenta de la España del siglo XV: a la muerte inesperada del joven Enrique III de Castilla en 1406, le sucede al trono su hijo de menos de dos años, Juan II. Tras años de lucha interna entre los nobles que intentaban apoderarse del pequeño monarca, se declara la mayoría de edad de Juan a sus catorce años. Poco después éste se entrega completamente al favorito, Don Alvaro de Luna, quien llegará a ser el hombre más odiado de la época. Juan II le deja las riendas del reino al condestable debido al hecho de que al rey le interesa mucho más el arte que el gobierno, como explica Pérez de Guzmán en su *Generaciones y semblanzas*: «Sabia hablar e entender latin..., plazianle muchos libros e estorias... Sabia del l'arte de la musica... Pero como quier que de todas estas graçias ouiese razonable parte, de aquellas que verdaderamente son virtudes e que... a los reyes son nesçesarias, fue muy defectuoso. Ca la prinçipal virtud del rey, despues de la fee, es ser industrioso e

diligente en la gouernaçon e rigimiento de su reyno... De aquesta virtud fue ansipriuado e menguado este rey, que auiendo todas las graçias sus dichas, nunca una ora sola quiso entender ni trabajar en el regimiento del reino.»<sup>1</sup> La privanza y el poder absoluto de Alvaro de Luna ocasionan otras disputas en el reino; entre los enemigos más coléricos del condestable figuraban los primos hermanos de Juan II, hijos de Fernando I de Aragón (el que servía de regente durante la minoría de edad del monarca castellano). Ocho años después de derrotar a sus primos —don Juan y don Enrique— en la Batalla de Olmedo (1445), Juan II desfavorece a don Alvaro y le degüella. El rey le sigue en la muerte un año más tarde, dejando el trono a su hijo, Enrique IV, otro gobernador inepto.

A pesar de la impericia de Juan II y debido a su afán por la estética, florecieron las letras castellanas durante su reino, sobre todo la poesía. El *Cancionero de Baena* es un mudo testigo de los muchos poetas que componen y leen sus versos bajo los auspicios de la corona de Castilla. Entre estos vates se encuentra Juan de Dueñas, compositor de obras amorosas y políticas: son éstas la aparente causa del exilio de este poeta de la corte de Juan II en la segunda década del siglo XV. Muy poco se sabe de la vida de Juan de Dueñas, pero sus obras poéticas nos han dejado algunas noticias referentes a su edad y sus rumbos<sup>2</sup>. De origen castellano, este poeta nace entre 1400 y 1410 y sirve en la corte de Juan II, según nos cuenta en unos versos suyos en los que se refiere al rey: «Desde el día en que naçi / fasta la ora en que esto, / a queste señor me crío.» Joven será al escribir estas palabras; hacia el año 1428 ó 1429 parece ser exiliado de la corte castellana por algunos poemas en los que critica la política de su monarca y la privanza del condestable. Sin embargo, las noticias del destierro no se manifiestan en estas poesías ni en los documentos en que figura el nombre de Juan de Dueñas; aparecen en la obra más famosa de nuestro poeta, su *Nao de amor*, Luego veremos lo que el vate escribe de su exilio en la *Nao*; primero más vale examinar las poesías políticas que parecen ser la causa de su destierro de Castilla.

El 20 de octubre de 1418, Juan II de Castilla se casa con María de Aragón, hija de Fernando I; es un matrimonio arreglado por éste antes de su muerte en 1416. La boda es la última vez que el rey castellano se encuentra con sus primos de manera pacífica. Después del fallecimiento de Fernando, su primogénito Alfonso (V) le sucede al trono en Aragón; su segundo hijo, Juan, ya estaba desposado con la Infanta Blanca de Navarra y reinará con ella durante muchos años, pero sin dejar sus intereses en Castilla; su hijo menor, Enrique, Maestre de Santiago, que no tiene herencia monárquica, quiere casarse con la hermana mayor de Juan II (la Infanta Catalina) con intención de apoderarse de Castilla. Rechazada su petición de mano, Enrique y su hermano Juan atacan la ciudad de Tordesillas y raptar al rey Juan II. Este golpe de Estado señala el comienzo de las guerras civiles castellanas que habrán de durar unos veinticinco años. Son más de dos decenas de batallas, prisiones, tratados y sospechas,

<sup>1</sup> FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN: *Generaciones y semblanzas*. Buenos Aires, 1947. Austral, págs. 75-76.

<sup>2</sup> Francisca Vendrell (Gallostra) de Millás publicó una biografía bien detallada de Juan de Dueñas, a base de sus poesías y documentos en archivos, en su *Corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma* (Madrid: Tipografía de Archivos, 1933), págs. 73-88. Aunque menciona el destierro de Juan de Dueñas, no considera algunos datos que hemos encontrado en sus poesías, ni tampoco trata la «Nao de amor».